



5ª Salida de Peregrinos

El Escorial. Herrería. Silla de Felipe II

Otra vez a trotar por los caminos en busca de la necesaria forma para afrontar, con un mínimo de posibilidades de acabar nuestro peregrinaje, las etapas a Santiago. Dentro de nuestro natural y juvenil optimismo, no era día para el regocijo ni el divertimento, pues una, ya querida pareja de caminantes, se desenganchaba del proyecto por motivos de salud. Sabemos y damos gracias a Dios del seguro restablecimiento de la afectada, pero no deja de ser motivo para extrañarlos y sentir su ausencia. No es afectación ni compromiso decirles que les llevamos en el corazón y, que habrá otros caminos y otras oportunidades de compartir con ellos nuestras andanzas.

El pasado 12 de Julio de 2015 cogimos un tren de cercanías que nos llevó a El Escorial, donde teníamos previsto comenzar nuestra ruta. La primera "aventurilla" nos hizo descubrir que aquello de que los trenes son puntuales, no deja de ser una "mentirijilla", pues nos pasó eso que dicen que no pasa: se estropeó la máquina. No vamos a especular motivos, ni cenizos, ni...

Como la avería se solucionó en tiempo prudencial, apenas nos afectó a nuestros planes y llegamos en hora a nuestro destino. A escasos metros de la estación nos esperaba la casita del Príncipe, con su prímoroso jardín de arriates artificialmente naturales, su, casi bosque, de hortensias, sus secuoyas centenarias, arces, sus setos de boj que imprimían el ambiente de un aroma tan familiar... Si nuestra Valentina es una estupenda guía, en este caso se convirtió en "Súper Tina", pues, no en vano, se encontraba en su casa, ya que fue "Guarda Forestal" durante varios años en esta inmensa finca de Patrimonio Nacional. Allí conocimos a Pedro, Fernando... en fin, una celebridad nuestra Tina.

La fresca de la mañana, que no es una madrugadora señora amiga de hacer favores, sino la agradable temperatura que se disfruta a primeras horas, fue escasa y rúcana, ya que pronto se transformó en un apabullante calor que nos acompañaría toda la jornada.

Para empezar nos encontramos con "tremenda" cuesta que, en no demasiado espacio, superaba un desnivel de 200 m. Sin duda, nuestras ganas y la frescura de nuestras piernas, nos hicieron superar este primer obstáculo sin menor problema. La recompensa se nos presenta en todo su esplendor con la Lonja del monasterio a nuestros pies. Allí, casi en soledad, a pesar de los inevitables corrillos de "guirís" despístaos, disfrutamos de la magnificencia del monumento y de las explicaciones de Tina, apostilladas por las aportaciones que a cada uno se le ocurrían.

El jardín de los monjes, las estancias privadas de rey, los claustros, las vistas incomparables del monte Abantos-nombre que recibía un antiguo búitre, ya desaparecido-, el pico del fraile, el puerto de la Cruz Verde, el Bosque de la Herrería, y, por supuesto la grandeza de la Sierra del Guadarrama con sus cumbres al descubierta...En lontananza se divisaban las famosas cuatro torres del reciente "Sky-line" de la Villa de Madrid.

Después de tan gratificante vista, comienza el verdadero camino en busca de la ermita de la Virgen de Gracia- patrona de El Escorial- , protagonista de la mejor, más grande y auténtica romería de la Sierra, parte de la castellana provincia de Madrid y alrededores. Nos prometimos acudir el segundo domingo de septiembre-de algún año- a conocer tal evento. Según cuenta Tina, que disfrutó de ella por motivos laborales, son más de cien carretas engalanadas que acompañan a la Virgen, cuya carreta tirada por una yunta de bueyes, llega a la ermita después de un emotivo

Rosario de la Aurora. No faltan cantes y bailes tradicionales, interpretados por grupos de dulzaineros y danzantes. Toda una lección de folklóre castellano auténtico.

Al pasar por la ermita, coincidiendo con la hora del Ángelus, nos paramos a ver a la chiquitita- actualmente se podría decir quichitita, como en Cádiz, pero no me atrevo para no ser corregido, y con razón- figura de una Virgen graciosa que nos recibe con extrañeza al ver semejantes figuras andantes en tan ardiente día- los peregrinos somos así: imprevisibles, atrevidos-. Cerca de la recoleta ermita aparece una fuente sin pretensiones veraniegas, que, a pesar de su escaso caudal nos llena nuestras botellas.

Recuperadas la fuerzas con algo de fruta e hidratados, comenzamos la ascensión a la famosa y esotérica silla de Felipe II. La carretera serpentea-siempre he querido decir esto- por una pequeña colina entres bosques de robles y coches que nos obligan a cobijarnos en la cuneta. Sin más contratiempos y algo cansados llegamos al bello lugar, donde una roca importante, medio esculpida, medio erosionada, nos permite disfrutar de una vista realmente espectacular, grandiosa...El monasterio está tan integrado que pareciera que el paisaje se le añadiera después de ser construido, y no al revés. La Sierra del Guadarrama, en su vertiente sur, se nos ofrece con toda su majestad y donosura. Es una delicia para los que siempre nos hemos sentido serranos- aunque sea de medio pelo- contemplar la Maliciosa, los Siete Picos, la Bola del mundo... Nos recuerda a nuestras excursiones infantiles, y lo que casi es peor, las de nuestros hijos, ya que éstas, desvelan la edad que vamos teniendo.

Como por arte de magia, aparece un chiringuito sin agua corriente, sin apenas cocina, pero con unas mesas a la sombra que nos obligaron a sentarnos y sin más remedio degustar unas heladas

cervezas, que por el placer con que las tomamos, concluimos que debía ser pecado. El paisano del lugar, como es normal, se quejaba de los impuestos, la crisis, el recibo de autónomos... lo que esperábamos de él... lo inesperado fue la historia que contó acerca de un zorro que le esperaba cada mañana en el recodo de la colina, con la seguridad de recibir su pequeña ración de carne picada que el amable lugareño le obsequiaba. Según su relato, fueron varios años de repetirse la misma escena y, como prueba de ello exhibía unas cuantas instantáneas en un destartalado mural. Ciertamente el pequeño reportaje era conmovedor.

Sin más dilación emprendimos, de nuevo, nuestro camino hacia la "Casa del Sordo"- una "caseja" de un Guarda Forestal, que como su propio nombre indica, era sordo. Según nuestra agente forestal particular, era el padre del que nos recibió por la mañana, cuyo nombre no recuerdo, y eso que sí quiero acordarme. De la "Casa del Sordo", sorteando barrancos y quebradas, nos dirigimos a la "Cueva del Oso", a la cual se accedía por otra carretera de bajada. Estando en la cueva, acertaron a pasar por allí, dos "chavalotes"- chico y chica- que practicaban una suerte de escalada libre - al parecer, no permitida- ,para lo cual debían cargar con una raquítica colchoneta. Nuestra sorpresa fue mayúscula, ya que no esperábamos que nadie tuviese la ocurrencia de caminar por esos montes con ese calor y a esa hora. La segunda sorpresa fue que iban tocando un "ukelele". Ya que pasaban por allí les pedimos nos hicieran una foto de andarines completa. Los jóvenes, muy amables, accedieron y continuaron su camino tocando el "ukelele"...- Grandiosa escena-

En prudencial tiempo regresamos a la fuente- tampoco recuerdo el nombre- cercana a la ermita y allí en mesas camperas colocadas al efecto, degustamos una frugal colación. Después de la comida, la cosa se complicó un poco, pues el cansancio y el calor hicieron mella

en nuestros, ya aguerridos cuerpos, y de las alternativas que se nos ofrecían, siempre optábamos por la más corta- en fin, unos “nenazas”. Poco a poco y sin caer en la temida pájara, nos acercamos, de nuevo, a la Casita del Príncipe, donde encontramos una fuente con truco, que rápidamente desvelamos y allí con un agua entre caliente y ardiendo, nos hidratamos y nos mineralizamos.

Otra aventura más que os hacemos partícipes, en la seguridad que esperáis nuevas y más trepidantes hazañas con interés renacido.

Agustín Salgado Grande

